

Ignacio Blanco (2024). *Nací en una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset. Tecnos*

Carlos Elías Pérez
Universidad Carlos III de Madrid ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/esmp.96034>

En las dos ocasiones en las que he sido profesor visitante en universidades extranjeras —en Harvard y en *London School of Economics*— mis colegas, para iniciar una conversación de acercamiento cultural amistoso, siempre me hablaron del mismo español: José Ortega y Gasset (Madrid, 1883-1955). Nadie conocía a Unamuno, Cajal o algún otro intelectual español. En ambas universidades era lectura recomendada *La rebelión de las masas*, que empezó a publicarse en 1927 como artículos en el periódico *El Sol*. Eso da una idea de la importancia del pensamiento del único intelectual español cuya obra ha trascendido al olimpo de los grandes, pues las nuevas generaciones de todos los países la siguen leyendo y reinterpretando (ahora con el punto de vista de las redes sociales).

Esta relevancia internacional se describe muy bien en el libro que Ignacio Blanco, catedrático de Periodismo de la Universidad CEU-San Pablo, acaba de publicar: *Nací en una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset* (Tecnos, 2024). El profesor Blanco tiene a la vez estudios de Filosofía y de Periodismo y, desde su tesis doctoral, es el mayor experto en los géneros periodísticos que usaba Ortega en su abundante obra periodística. No obstante, en este nuevo libro escoge otro enfoque: la pasión de Ortega no solo por escribir en los periódicos, sino por ayudar a fundarlos. Escrito con el estilo trepidante de un periodista y el rigor de un catedrático, el libro es toda una lección de periodismo: de lo que significa escribir contra el poder, contra los intereses de las empresas que financian los medios, pero también de la gran influencia que tenía esa profesión. Resulta esclarecedor leer cómo un artículo como “De un estorbo nacional” implicó que su tío lo echara de *El Imparcial* o cómo otro, “El error Berenguer”, supuso que tuviera que abandonar *El Sol* (que él mismo había ayudado a fundar). Pero ésa ha sido y es la vida de un periodista: transitar por el fino alambre en el que el poder —económico o político— siempre quiere silenciar su voz.

La obra de Blanco se estructura en seis capítulos, un prólogo y un epílogo. Todo el enfoque es totalmente original, pues no se detiene tanto en el contenido y estilo de las piezas periodísticas —eso lo hace en otro de sus libros, *El periodismo de José Ortega y Gasset* (Biblioteca Nueva, 2005)—, sino que ahora

analiza las relaciones de Ortega con las empresas periodísticas que ayudó a fundar, que fundó o donde publicó su obra. Describe desde las peripecias que suponía buscar aliados para crear un periódico o revista (como la emblemática *Revista de Occidente*) hasta los problemas de censura o presiones gubernamentales que padeció. Ortega estuvo vinculado con periódicos como *El Imparcial*, *Faro*, *Europa*, *La Prensa* (de Buenos Aires), *España*, *El Espectador*, *El Sol*, *La Nación* (de Buenos Aires), *Revista de Occidente*, *Crisol* o *Luz*, entre otros.

Todos estos vínculos con estas empresas periodísticas que, obviamente, no son otra cosa que empresas culturales, los explica Blanco a través de diversos capítulos como “Escalando a la cumbre”; “Pedagogía social y periodismo en el marco de la vieja y nueva política”; “Un periódico es un creador de opinión, no un siervo de ella”; “Tal vez yo no sea otra cosa que un periodista”; “Periodista de toda la vida”; o “La segunda navegación”. Y lo hace en una labor investigadora que ha durado años, a partir de la numerosísima correspondencia privada que ha analizado, buena parte de la cual es referenciada por primera vez.

Debo confesar que, aunque podía intuirlo, me ha sorprendido enormemente leer el epílogo en el que, en cierto modo, se explica el porqué de esas anécdotas que describía sobre mis estancias en universidades anglosajonas. En este epílogo el profesor Blanco rastrea algunas de las innumerables necrológicas muy elogiosas que se publicaron en 1955 a la muerte de Ortega. Desde la de *The New York Times* (que fue rastreramente contestada por un embajador franquista) hasta la del *Washington Post*, el *Daily Telegraph* o *The Guardian*, entre la prensa anglosajona. Desde el *Deutsche Zeitung* al *Der Tag*, *Die Welt*, *Der Tag* o el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, entre la prensa en lengua alemana; desde el francés *La Croix* hasta el italiano *La Stampa*.

Me ha impresionado lo que publicó, por ejemplo, el *Frankfurter Allgemeine*, el principal periódico de Alemania, cuna de la mejor filosofía europea: “Ortega es el redescubridor de la iniciativa socrática. Es el máximo pedagogo del pensamiento que Europa ha poseído en nuestro tiempo. Sin embargo, se diferencia de Sócrates —y esto es lo moderno en él— en que no tiene, como el maestro de Platón, la superstición

de la razón. Así, por ejemplo, no cree que la virtud sea cosa del conocimiento, sino que tiene que ser vivida como una vocación". Y *The Washington Post* publicó que "fue uno de los intelectos más atractivos y estimuladores del siglo XX".

Al leer este magnífico epílogo escrito por el profesor Blanco, uno se pregunta: ¿existe o existirá algún catedrático o intelectual español que reúna este elogio unánime internacional a su muerte? En España Ortega se estudia en el programa de filosofía de alguna comunidad autónoma como Madrid y, por ejemplo, su nombre honra el edificio que acoge los estudios de Periodismo en la Universidad Carlos III de Madrid, pero no se le presta la atención que recibe en otros países. Y no se entiende sino desde la miserable envidia intelectual española, porque la obra de Ortega no sólo no ha envejecido, sino que es de rabiosa actualidad, tanto en lo político como en lo mediático.

Este epílogo es uno de los muchos aciertos del libro; sin embargo, desde mi punto de vista, el principal es otro: es defender con pruebas documentales la pasión que Ortega tuvo por el periodismo. Es cierto: fue catedrático de Metafísica y también es el filósofo español más reconocido mundialmente, pero su esencia siempre fue periodística: tanto en su fondo —explicar la realidad y su contexto, el célebre "yo soy yo y mis circunstancias"— como en la forma: escribía como un periodista cuya labor es traducir conceptos complejos para que sean entendido por grandes audiencias. Según Ortega, "la claridad es la cortesía del filósofo". Ya podían haber aprendido algo de él los oscuros y cada vez más desacreditados filósofos postmodernos —Derrida, Lyotard, etc.— que con su críptico lenguaje y su ataque a la racionalidad tanto han contribuido a la emergencia de la actual pandemia de desinformación. Necesitamos más Ortega.

El profesor Blanco, como buen catedrático de Periodismo, insiste en su libro sobre el estilo literario de Ortega y recuerda que "cuando los lectores elogian la perspicacia y la profundidad de sus ideas y, sin embargo, la liviandad de la lectura, están señalando —acaso sin saberlo— una cualidad inseparable de la filosofía orteguiana: la claridad de su estilo. La claridad se debe a que sus escritos fueron, antes que libros, artículos de periódico. Esta forma de creación literaria impregna al texto unas características formales que, en el caso de Ortega, favorecieron una auténtica democratización de la filosofía".

Y el propio Ortega escribió: "Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocrática— tiene que acertar a ser aristócrata de la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico. No es necesario decir que se me ha censurado constantemente por ello. Pero algún acierto debía haber en tal resolución cuando de esos artículos han hecho libros formales las imprentas extranjeras (Prólogo para Alemanes, 1934)".

El acertadísimo título del libro replica otro escrito de Ortega en *El Sol* (un periódico que él ayudó a fundar) cuando recuerda que nació en una rotativa, pues su familia materna —los Gasset— fueron los propietarios de uno de los mejores y más influyentes periódicos de la época, *El Imparcial*. Y su padre, José Ortega Munilla, fue uno de sus directores. En los primeros capítulos de "*Nací en una rotativa*", el profesor Blanco va describiendo el camino de Ortega desde sus primeras colaboraciones a los 19 años —en *El Faro de Vigo*— hasta cómo con 22 ya quería aconsejar a su padre sobre cómo dirigir *El Imparcial*. La lectura de estos capítulos no solo es enriquecedora desde el punto de vista histórico o de cómo funcionaba la sociedad de la época, sino que es enormemente entretenida.

Pero el libro va más allá de la descripción de las relaciones de Ortega con los periódicos y revistas con las que estuvo vinculado. En primer lugar, debe elogiarse que, contrariamente a lo que se estilaba en los currículos "anecdotados" tan del uso actual, el profesor Blanco se ha sumergido durante muchos años en las profundidades de un archivo para describir esos vínculos a partir de las fuentes primarias que son las cartas. Y lo hace para escribir una monografía de 312 páginas que, para algunos "iluminados" de la ANECA, puede valer menos que un JCR Q1. Sin embargo, son estas monografías la esencia de nuestra investigación humanística. Frente al desprestigio de la cada vez más preocupante inflación de *papers* estadísticos que caducan al mes, esta investigación sosegada será de referencia años y años. La valentía de optar por esta opción —sin descuidar otras, pues el profesor Blanco es referente en otros temas como la desinformación— debe ser reconocida por sus pares.

Sin embargo, hay otro aspecto que, como periodista y catedrático de Periodismo, no puedo dejar de agradecer al profesor Blanco con esta obra. Frente a la campaña de descrédito y desprestigio que desde tantos ámbitos —político, económico, mediático, académico— está padeciendo la profesión periodística, el profesor Blanco nos recuerda y nos demuestra —como debe hacer un buen historiador— que el periodismo español tiene como uno de sus referentes de su profesión al intelectual más reconocido internacionalmente que jamás hemos tenido (y que posiblemente tendremos si se perpetúan los estándares ANECA). Periodistas también han sido premios Nobel de literatura en español como García Márquez o Vargas Llosa. Periodistas españoles fueron Galdós o Delibes, Larra o Manuel Azaña. El prestigio intelectual del periodismo español es incontestable. Pero no viene mal que se nos recuerde, como hace el profesor Blanco, que el principal filósofo español es, sobre todo y por encima de todo, un periodista que sentía tanta pasión por la profesión que hasta fundó periódicos y que publicó su brillante obra filosófica, sobre todo, en los periódicos.

Carlos Elías es Catedrático de Periodismo en la Universidad Carlos III de Madrid (España), donde ganó el Premio a la Excelencia para Jóvenes Investigadores en 2012. En 2019 obtuvo una de las prestigiosas Cátedras Jean Monnet (sobre desinformación y *fake news*). Fue Visiting Scholar en el Departamento de Historia de la Ciencia de la Universidad de Harvard (2013-2014). Es Licenciado en Química y Periodismo por la Universidad de La Laguna. Lidera un proyecto de investigación sobre *big data* y periodismo centrado en noticias falsas. Es autor de libros como *Fundamentos del Periodismo Científico*, *Big data y periodismo en la sociedad red* o *El Selfie de Galileo. Software social, político e intelectual del siglo XXI*. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1330-4324>